

REUNIDOS PARA RECORDAR

Al reunirnos aquí para recordar, para hacer un homenaje, a Víctor Ferro, en primer lugar hemos tenido que salir de otros lugares. Esto significa, entonces, un desplazamiento de cada uno de nosotros en el espacio. Y nos hemos desplazado con un fin preciso: recordar.

Sin embargo, solemos pensar en la memoria y la rememoración como algo individual.

Víctor recordaría sin duda a san Agustín y su metáfora espacial de la memoria, que compara con un gran palacio (o santuario, según el traductor) que vamos recorriendo sin cesar y en el que estamos encerrados y solos: el «gran palacio de nuestra memoria».¹

Pensemos entonces que para recordar juntos a Víctor hemos tenido que salir de nuestros respectivos palacios de la memoria y construir un palacio de nuestra memoria común en el que asociaremos nuestros respectivos recuerdos a los de los demás.

Hoy estamos haciendo esto. Y hacemos muy bien en hacerlo, porque todos sabemos que nunca recordaríamos a Víctor plenamente, en las diversas facetas de su riquísima personalidad, si no pudiéramos compartir nuestros recuerdos individuales.

Pero no se trata simplemente de sumar nuestros respectivos recuerdos. Al reunirnos constituimos una comunidad afectiva, una comunidad constituida por el afecto que sentimos por la persona que nos reúne.

En cierto sentido, hemos venido a ayudarnos mutuamente, aportando cada uno sus propios recuerdos de Víctor, para de esa manera seguir conociéndolo. La memoria compartida es una memoria que vivifica. Que da vida a quien queremos revivir.

1. SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, traducción de A. de Esclasans, Barcelona, Juventud, 1968, libro X, cap. VIII, p. 14. También habla de «un santuario inmenso, infinito» en el libro X, cap. VIII, p. 15.

Como cada uno aporta de su propia memoria la huella que Víctor le ha dejado, aportaré por mi parte mis recuerdos de los ocho años que trabajé con Víctor en las Naciones Unidas, en Viena. Trabajábamos en la Sección de Traducción al Español. Víctor era un traductor nato, ya que desde que tuvo uso de razón era bilingüe: su lengua materna era el catalán, y la lengua de sus estudios, incluidos los universitarios, dado que se doctoró en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad de Montevideo, el castellano. Pero también dominaba el francés como lengua de estudio, dado que cursó la enseñanza secundaria en el Liceo Francés de esa ciudad.

Víctor vivió sus años de Montevideo como un exiliado. ¿Fueron sus padres, que se habían trasladado a Montevideo por razones laborales, quienes le transmitieron esa memoria nostálgica de un paraíso perdido? Digo exiliado, y no inmigrante, porque el sentimiento que transmitía Víctor era el de un exiliado: el de alguien que había dejado su patria por razones ajenas a su voluntad. ¿Qué voluntad podía tener cuando apenas tenía uso de razón cuando se trasladaron? Es un misterio de la rica personalidad de Víctor.

Me interesa señalar una coincidencia entre Víctor exiliado y Víctor traductor: el exiliado en realidad nunca se va de su patria del todo; el traductor es un exiliado permanente, constante, que nunca termina de irse de una lengua, de un mundo, porque cuando llega a la otra lengua, al otro mundo, lo hace para regresar inmediatamente al punto de partida.

Para darles una idea de ese aspecto de la vida de Víctor, de ese Víctor funcionario internacional, traductor y luego revisor, me permitiré unas palabras sobre esta profesión en el sistema de las Naciones Unidas, profesión a la que Víctor consagró muchos años de su vida (concretamente, dieciséis años, dos en Nueva York y catorce en Viena). Una profesión en la que destacó y es recordado como uno de los mejores traductores y revisores juristas que han tenido las Naciones Unidas.

Allí todos éramos exiliados de nuestros respectivos países, pero también de nuestras respectivas profesiones (la carrera de traducción casi no existía, y éramos casi todos abogados o economistas). Compartíamos todos esa lejanía física y espiritual, ese doble exilio existencial y profesional. Los traductores son figuras muy *sui generis* en ese contexto: se exige de ellos un título universitario, una amplia cultura general, un gran dominio de los idiomas de trabajo.

Si bien no se establece ninguna distinción en el plano salarial entre ellos y los demás profesionales (abogados, economistas, etc.), el traductor está considerado en el plano social, salvo escasas excepciones, como un profesional de segunda categoría, como alguien a quien se exigen los conocimientos de un jurista, pero que no es considerado jurista, alguien a quien se exigen los conocimientos

de un economista, pero que no es considerado economista. En ese sentido, uno aprende a ser muy humilde, uno comprende que está al servicio del pensamiento ajeno... y que el mejor traductor es el traductor invisible, el que no existe..., porque cuando hace notar su presencia es cuando comete un error. En ese sentido, es una labor muy ingrata. Sobre todo cuando uno tiene sus propios pensamientos.

¿Por qué, a pesar de ello, y a pesar de tener estudios como para trabajar en nuestras respectivas profesiones, trabajábamos como traductores? Simplemente porque necesitábamos trabajar, y porque para trabajar como traductores o intérpretes en las Naciones Unidas sólo podíamos valerlos de nuestros propios conocimientos y demostrarlos superando diversos exámenes. En cambio, si pretendíamos trabajar como abogados, economistas, etcétera, teníamos ante todo que haber sido propuestos y apoyados por los gobiernos de nuestros países respectivos. Y muchas veces eso era imposible. Pero no sólo porque nuestros gobiernos no quisieran hacerlo, sino también porque había límites para la contratación de esos profesionales llamados sustantivos (a diferencia de nosotros, traductores, que éramos meros adjetivos), dado que se aplicaba el principio de la distribución geográfica equitativa. Hay tantos abogados de un país como corresponde en número a la cuota de ese país.

Esos razonamientos no pueden entrar en consideración cuando se trata de la traducción y de la interpretación. Estas tareas requieren una competencia técnica que esté por encima de cualquier otro factor: sin traductores que sean fieles y conozcan bien los idiomas, sin intérpretes que transmitan lo que el orador esté diciendo, las conferencias no funcionarían, los delegados no se entenderían (o se entenderían aún peor de lo que ahora se entienden).

Esta descripción no es una información irrelevante para nuestro recuerdo de Víctor: nos dice cómo vivió Víctor durante dieciséis años de su vida, diariamente, en un trabajo que se caracteriza por la humildad, como hemos visto, desde el punto de vista profesional, y por la soledad, como veremos, desde el punto de vista social.

El traductor trabaja solo, con su texto y el texto que ha de crear, transiendo de un idioma a otro; de una institución jurídica a otra, en el caso particular de los traductores juristas, como era el de Víctor. Sin embargo, respecto de la soledad con la que trabajaba Víctor, debería hacer una salvedad: Víctor en realidad nunca estaba solo, porque en ese entorno podía dar amplio curso a su vocación docente.

Si bien los juristas nos ocupábamos de textos jurídicos, de convenciones internacionales, de derecho comercial y de derecho penal, a Víctor se le podía consultar sobre todos los temas.

Víctor aportaba toda su erudición, su magnífica memoria, su meticulosidad de historiador, su seriedad intelectual.

Víctor era el traductor por excelencia, en tanto el traductor ha de tener conocimientos enciclopédicos por la diversidad de materias que abarca su trabajo.

Más de un traductor ha expresado el deseo de que Víctor se dedicara sólo a responder a nuestras preguntas. Pero Víctor hacía mucho más que eso: desarrollaba todo el tema al que la pregunta correspondía, y uno salía de su despacho con la sensación no de que había satisfecho una duda de trabajo, sino de que había aprendido algo nuevo, de que sus conocimientos se habían enriquecido... Eran tantas las consultas que le hacíamos y era tan generoso en el tiempo que nos dedicaba, que terminaba siempre quedándose mucho después de terminado el horario normal para poder hacer, entonces sí en soledad, su propio trabajo. Nunca, que yo recuerde, por más apremiado que estuviese, nos dijo que no nos podía atender.

De esta vocación docente de Víctor me he beneficiado particularmente. No hablo ahora como traductora, profesión en la que puedo decirme discípula directa de Víctor, sino como doctoranda. Cuando conocí a Víctor, me acababa de trasladar desde Roma, donde había terminado todas las etapas previas a la discusión de la tesis sobre el tiempo como pena, en el Instituto de Filosofía del Derecho de la Universidad de Roma «La Sapienza». Pero mi tesis estaba en sus primeros esbozos y mi temor a no poder terminarla era más que justificado: debía consagrarme en cuerpo y alma al trabajo de traducción, porque había traído a mi familia conmigo y toda ella dependía de mí. Y mi situación laboral no era aún firme. Por otra parte, si me quedaban energías para seguir estudiando después de largas horas de trabajo, no disponía ni siquiera del tiempo para buscar la bibliografía que una tesis requiere. Y, por si fuera poco, estábamos en un país de lengua alemana, que aún desconocía.

Pero estaba Víctor. Poco a poco, día a día, fue trayéndome libros que resultaron indispensables. Libros que él ya tenía en su gran biblioteca o bien que tenía la amabilidad de encargarse para prestarme y luego, dado que todo le interesaba, incorporar a su biblioteca amada.

Manteníamos largas conversaciones sobre el tema que era muy difícil para mí mantener con mi tutor académico, que residía en Roma.

Gracias a Víctor pude terminar mi tesis, y presentarla en la Universidad en Roma, con sólo dos visitas al profesor durante el tiempo de preparación.

Víctor comprendía mi empeñamiento. Acababa de terminar su libro sobre la historia de las instituciones catalanas. Él también había hecho la doble jornada de trabajo que suponía realizar una actividad al margen de las horas de

oficina. De las nueve o más largas horas de oficina. Muchas veces por la noche, toda la noche, traduciendo los informes de las conferencias. Muchas veces muy lejos, cuando estábamos destacados a conferencias celebradas en distintas partes del mundo. (Hemos viajado a Italia —Milán y Bari—, Suecia —Estocolmo— y Hungría —Budapest.)

Pero, ese esfuerzo, tanto uno como otro lo hacíamos con pasión, porque nos negábamos a aceptar nuestros exilios, que suponen siempre dirigir la mirada hacia el pasado, inmovilizar en cierto modo el presente. Nuestro esfuerzo era una prueba de que continuábamos el viaje, de que la vida no se había detenido, ni en esa profesión de tránsito, ni en esa ciudad. No debía detenerse allí, había que llevarla hacia adelante.

Y, para Víctor, «adelante» en la vida significaba una sola dirección: Barcelona. A pesar de haber pasado una parte importantísima de su vida en Montevideo, nunca la aceptó como su ciudad. En realidad comenzó su vida como exiliado de Barcelona. Y a su vida siempre le faltaría algo, nos decía, mientras no pudiese vivir allí. Pero no quisiera que de esto se dedujese que Víctor no se adaptaba al ambiente internacional. Al contrario, no sólo hablaba corrientemente los idiomas de trabajo y el alemán, sino que era una persona sumamente abierta y de trato gentil con todas las nacionalidades.

Barcelona era un punto de referencia constante, como lo había sido desde su infancia. Barcelona es un puerto, pero para Víctor era el puerto de llegada. No estaría calmo su espíritu en tanto no pudiera regresar. Pero no sólo regresar materialmente (después de todo, podía viajar bastante seguido), sino regresar como Ulises regresa a su hogar. Así quería Víctor regresar a Barcelona.

En realidad, Víctor había regresado a Barcelona antes de su experiencia en las Naciones Unidas, pero durante los años pasados allí se había sentido mal, no había logrado lo que buscaba. Parecía que debía irse, como se fue, esta vez solo, y volver solo, pero realizando antes, y desde otra parte, un esfuerzo de construcción. Debía construir su relación con su patria. En esa construcción, Víctor puso todo su empeño.

Esa construcción tenía dos aspectos: por una parte, el aspecto profesional, regresar a la profesión que había elegido, el derecho, la historia del derecho, en particular; por otra, el aspecto afectivo, familiar, que para él tenía mucha más importancia que el primero.

El libro es una clara muestra de su empeño en el primero de los aspectos. En cuanto al segundo, Víctor no tenía ya familia en Barcelona. Pero deseaba profundamente fundar su propio hogar. Y el hogar suponía una mujer que lo esperara. Durante años, los colegas de las Naciones Unidas compartimos los sueños de Víctor de esa mujer ideal, soñamos con él a esa compañera que debía reu-

nir muchas cualidades, entre las cuales una era *sine qua non*: ser catalana. Fueron muchos años de espera. Hasta que se produjo el encuentro.

Como todos sabemos, la historia de Víctor fue una historia con un final feliz: no sólo encontró a su Penélope —tenemos aquí a Rosa María—, sino que encontró un ambiente académico que lo valoró, como lo demuestra el premio que se otorgó a su libro, y lo acogió, como lo demuestra la presencia de todos ustedes.

Este homenaje que nos reúne en este «hermoso palacio de nuestra común memoria», que hemos construido hoy en memoria de Víctor Ferro, es testimonio de que Víctor alcanzó lo que se había propuesto.

Víctor podría haber dicho, o tal vez lo pensó y no lo dijo, o tal vez lo dijo, pero en todo caso podemos hacérselo decir hoy aquí nosotros, parafraseando lo que Borges decía de Buenos Aires: «Yo siempre he estado y estaré en Barcelona. Los años que he pasado en otros lugares son ilusorios.»

Ana Messuti